

CARRA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

sobre los viajes a la luna

El triunfo de los astronautas Nikolai y Popovitch, llamados los gemelos del espacio, ha tenido como consecuencia, entre otras cosas, el estallido de la impaciencia de algunos sectores de la investigación norteamericana. Cada vez que los rusos se apuntan un tanto a su favor en la carrera del espacio leemos, por parte de sus contrincantes, abundante prosa justificatoria. Esta vez los estrémolos dialécticos con que ciertos científicos y técnicos del otro lado del Atlántico han alifado el aterrizaje de los dos astronautas soviéticos no han podido referirse a la propia hazaña realizada, aunque ciertamente se haya dicho con insistencia que ella no había aportado elementos sustanciales nuevos a la investigación ni a la carrera del espacio. Los comentarios han sido más bien del tenor de presagiar, para el resultado definitivo de la carrera, es decir, para el disparo de un cohete con tripulación humana a la Luna, una inexcusable primacía norteamericana. Así lo ha anunciado claramente Werner von Braun, el técnico alemán nacionalizado americano, en quien los Estados Unidos han confiado su aventura lunar. Según dicho experto, no cabe duda alguna sobre el hecho de que quien ponga, años a venir, los pies en la Luna por vez primera será un norteamericano o un equipo de norteamericanos. Con esta confianza — que es compartida por una gran mayoría del pueblo de los Estados Unidos — la pildora de la hazaña realizada la semana anterior por los dos cosmonautas rusos ha sido mucho más fácil de tragar.

Nosotros no sabemos quiénes serán los primeros en llegar a la Luna, y podríamos añadir, si nos apuran mucho, que la nacionalidad de los que acometan esta gesta no nos importa demasiado. Más interés nos merecen los indicios ya actuales de la competición, que es, sin duda, la más gigantesca alegoría del espíritu de pugna, característico del joven pueblo de ultramar. Ninguna competición deportiva de las que las películas nos han brindado, ninguna final de rugby entre dos Universidades o entre la Marina y la Infantería, iguala en pasión contenida al gran empuje que empiezan a librar los dos colosales. Y a ese empuje gigantesco, que es el posible y ya próximo viaje a la Luna, los 180 millones de americanos del norte asisten con el ánimo en vilo; «hinchas» enfervorizados de un espectáculo que resulta a medias deportivo y a medias patriótico y que constituye para ellos como un juego de honor.

El libro vulgarizador de Werner von Braun, titulado «Primer viaje a la Luna», es un índice completo de lo que va a ser la primera ocupación del satélite por elementos humanos. En dicha narración, atrayente como una novela de aventuras, se nos explican todas las reacciones del organismo humano en el gran periplo. Tanto el autor del libro — y del proyectado viaje — como sus lectores, advertimos que ir a la Luna ha dejado de ser una especulación arbitraria; el día menos pensado nos encontraremos con que alguien, desde allí, nos está vigilando. Nos fenómenos del despegue, los del calentamiento y los del retorno están previstos y casi resueltos, por lo menos sobre el papel. Cuando acabamos de leer la narración pensamos que no nos falta más que apretar el dispositivo para ponernos en marcha. La Luna ya está a nuestro alcance y no mucho más lejana que París o que Viena.

Pero del papel a la realidad median todavía serias dificultades. En la dimensión del espacio, si suponemos a la Tierra de un tamaño como el de la cúpula de la Basílica de San Pedro, de

Roma, resulta que los dos rusos, que han dado un centenar de vueltas al planeta, no han alcanzado una altura superior al medio palmo de la superficie del suelo. Es preciso, pues, hallar las energías para un impacto que ha de ser colosalmente superior al de hoy. Y en eso se enfrascan, en Rusia y en los Estados Unidos, todos los técnicos y gastan en ello sumas ingentes.

En este asunto, que nosotros no entendemos más que de una manera muy superficial, existen duendes maliciosos o divertidos. Tal vez, de pronto, como en un juego de magia, el gran ensueño técnico de von Braun y de su equipo pueda realizarse por una improvisación lútiliva; o tal vez ocurra como al barón alemán de la leyenda, que cabalgaba a lomos de las granadas, en mitad de la batalla. La astronáutica actual está adquiriendo una simbología parecida a la de esa alegre y ya clásica historia. A lomos de las granadas alguien va por los aires, con ánimo de llegar a la Luna.

Pero el duende bien pudiera ser otro, y así acontece en la curiosa historia que nos relata un

contraste entre dos damas

Para un espectador a distancia de los acontecimientos del mundo hay un hecho elocuente que induciría a pensar que los Estados Unidos — o la mitad de ellos, el partido demócrata — han cambiado de faz. Nos referimos al contraste vivísimo de la persona que es hoy embaajadora gentil del gran país, en el verano de las costas Italianas, con su antecesora, la señora de Roosevelt. En efecto, la señora de Kennedy ofrece al mundo occidental no solo el espectáculo de una extraordinaria belleza, sino también el de una difícil sobriedad, de una dignidad en el porte, de una elegancia que no hacen solamente los modistas, sino la actitud ante la vida.

El contraste entre las dos primeras damas — sin que con ello pretendamos desmascarar complejidades ni equívocos mentales de la vida de Roosevelt — podría reducirse fácilmente a los simples esquemas de la edad, puesto que el calendario probablemente separa a las dos figuras en medio siglo. Podría también ser basado el contraste en una evidente y providencial desigualdad de dones físicos, esos que reparte la naturaleza al nacer sin consultar con los beneficiarios, y de los que — sin que ella tuviera la menor culpa — hizo escasa a la viuda del autor del «New Deal», y en los que abunda, para ornato de su pueblo y de las revistas ilustradas, la señora de Kennedy. Pero nosotros creemos que el contraste hay que cifrarlo en razones más hondas, casi geopolíticas o protohistóricas.

La señora de Roosevelt ha ejercido su consorte mandato, antes y después de su viudez, con un bagaje mental y cultural absolutamente desprestigiado y anticuado, producto de lecturas de folletos y sinopsis elementales. Así nos parece al menos. La filosofía de la señora Roosevelt podría quedar sintetizada en los apartados que en una biblioteca pública de ateneo popular de los años veinte se contenían en el epígrafe de la Revolución francesa. Todo cuanto ha dicho y postula en

corresponsal de prensa. Un niño hurtó de la Universidad de Iowa, hace poco, un transformador de señales que allí había sido llevado para su revisión, instrumento que era indispensable para el lanzamiento a los aires del cohete «Saturno», monstruo de 37 millones de kilos, capaz de elevar más de 40.000 kilos de peso y de propulsar la nave «Apolo», destinada en principio a llevar tres hombres a la Luna. Sin el transformador hurtado por el niño las pruebas del cohete deberán retrasarse un mes, hasta que se obtenga un nuevo accesorio. El incidente es tóxico y nos revela a la vez el grandioso esfuerzo y la severidad del plan, pero la malicia infinita de imprevisibles duendes.

No es del todo absolutamente necesario que sean los norteamericanos quienes lleguen antes a la Luna, porque a veces nos parece que ya están en ella. De todos modos, creemos precisamente en la superioridad sustancial del gran emporio americano sobre el coloso ruso, quizá justamente porque en Moscú no hay peligro de que los niños se puedan llevar nada de ninguna parte.

su vida la señora de Roosevelt nos huele a revolución de casino popular, a sabiduría de viejas glorias republicanas de la revolución del 48 o, mejor aún, de la primera revolución. La señora de Roosevelt nos pareció siempre una «tricotese»; sus intervenciones en la política, principalmente de unos años a esta parte, nos dan la impresión de los desabridos comentarios carcajeantes de una mujer del pueblo que no deja de hacer su tricot mientras caen cabezas. Mas no la señora de Kennedy, que es oriunda de Pont-Saint-Espirit, un delicioso lugar por donde los caminos de Roma cruzan el Ródano, y que es confluencia de las aguas de Europa, no solo con el espíritu humano, que va al mar latino, sino — como indica su nombre — con el Espíritu Santo. En suma, para nosotros, la cifra del contraste es la siguiente. La señora de Roosevelt implicaba el aire de la revolución francesa; y la señora de Kennedy nos parece algo anterior a ella.

Por eso, seguramente, resulta tan natural y esbelta su apostura en las fotografías — que la prensa ha divulgado — de su veraniego estar en Europa. Ocupa con sus hijos una casa pintoresca, que es como una caracola, llena de todos los ruidos y las algas del mar latino. Por eso resultaba tan hermosa en el ejercicio del esquí náutico, en competición con el astronauta Gleen. Y por ello su mandato está razonado por una aura imperial y antigua, que llegará seguramente a marcar un estilo en el mundo americano de hoy, y quizá en el resto del mundo.

A propósito de ello, se nos ocurre que el estilo Jacqueline empieza a manifestarse en muchos órdenes políticos, que es precisamente la vertiente natural de los estilos de vida nacidos de la política. ¿No les parece a ustedes que esa nueva danza, que por primera vez hemos visto practicar a unos jóvenes en una terraza junto al mar, que ese «madison» de última hora y de la novísima ola se parece ya muchísimo a un «minueto dieciochesco»? ¿Y no será ello consecuencia del porte de Jacqueline Kennedy y de los manes históricos y estéticos de Pont-Saint-Espirit?